

ABRAHAM MOCTEZUMA FRANCO, *La historiografía en disputa (México, 1940)*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, «Obra diversa», 210 pp. ISBN 970-35-0215-6

Actualmente es reconocible el nuevo auge que han cobrado los estudios historiográficos en el medio de la investigación histórica. Muestra de ello es la distinción del Instituto Nacional de Antropología e Historia a esta *opera prima* —germinada en el seminario que dirige Marco Velásquez desde hace ya algunos años en la Universidad Autónoma de Puebla— al otorgarle el Premio Edmundo O'Gorman a la mejor tesis de licenciatura en historiografía. Nutrido por un gran número de lecturas este ensayo nos ofrece con gran detalle una relación contrastada de las posiciones que dividió a los historiadores entre “historicistas” y “positivistas”

En particular, se destaca la posición representada por los “historicistas” hispano-mexicanos inspirados principalmente en la filosofía de José Ortega y Gasset y Martín Heidegger. Como se nos indica en el texto se trató más que de una disputa, de un diálogo de sordos que no llegó a tener ni la profundidad ni las repercusiones esperadas en el desarrollo de la ciencia histórica. El “silenciamiento” de la controversia pudo deberse a múltiples factores. Sin embargo, no deja de llamar la atención que la confrontación entre “positivistas” e “historicistas” ocurrió en México cuando ésta ya había sido clausurada en Alemania —su lugar de origen— una década antes. La revuelta “historicista” contra el dogmatismo positivista tuvo su auge entre 1880-1930 y arrastró consigo a ciencias como la sociología, economía, arquitectura, filología, historia, etcétera. Y sabemos que entre los detonadores de la crítica historicista a una forma particular de entender la ciencia está el famoso texto de Nietzsche de 1874, “De la utilidad e inutilidad de la historia para la vida”. Asimismo, el término *historisme*, *historismus*, *historicismo* se desarrolla a fines del siglo XVIII y principios del XIX, y llega hasta

nosotros, sobre todo, por la intermediación intelectual de autores como Ernst Troeltsch y Karl Mannheim.

El término historicismo designa fundamentalmente una relación particular con la temporalidad establecida en la época moderna y que consiste en el reconocimiento de que todo, absolutamente todo, incluso el saber histórico, es historizable. Todo deviene en historia y ésta a su vez está mediatizada por el proceso mismo de la historia. En ese sentido, en efecto, el historicismo se convierte en fundamento paradójico de toda clase de observación de las realidades social y cultural.<sup>1</sup> Visto retrospectivamente el historicismo engloba una suerte de revolución copernicana en la comprensión del mundo social. Por esa razón la idea de movimiento adquiere una centralidad en la modernidad hasta llegar a penetrar los intersticios de la vida cotidiana. En ese sentido el historicismo es constitutivo de la modernidad y reúne en su derredor a fenómenos como el movimiento de la Ilustración, la revolución política, la industrialización y el advenimiento de las ciencias naturales modernas con sus repercusiones técnicas y ambientales.

Asimismo, la noción moderna de crítica y su relación con las “crisis” que generalmente desencadena es un concepto plural y abierto. Por esa razón, una historia de los usos de la crítica tendría que mostrar la evolución de los márgenes sociales en los que el ejercicio de la crítica se ha desarrollado. No se puede negar que los así llamados “positivistas” no hayan desarrollado y aplicado una noción de “crítica”, si bien circunscrita a la noción de “método”. De igual manera habría que discernir el umbral en el que se perfila un concepto de crítica y de crisis de mayor envergadura aplicado a la historia en el

---

<sup>1</sup> Desde esta perspectiva el problema del “relativismo histórico” que emerge fue enfrentado de manera muy creativa por Ernest CASSIRER, *Filosofía de la ilustración*, traducción de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1943. Citado en Otto G. OEXLE, *L'historicisme en débat. De Nietzsche a Kantorowicz*, traducción del alemán Isabelle Kalinowski, París, Aubier, 2001, p. 47.

caso de los “historicistas”. Lo decisivo con todo —de lo cual se nos da cuenta en este libro— es acabar de saber cómo se desarrollaron esas relaciones entre crítica e historia, si deficitariamente o en concordancia con las condiciones propias de la modernidad.

De hecho, la historiografía moderna lleva inscrita en su seno el signo de la crítica. Por esa razón, desde su origen está destinada a una transformación constante. Para entender cómo evoluciona el saber histórico moderno, por tanto, la cuestión crucial radicaría en conocer los elementos constitutivos del ejercicio de la crítica. Existe una noción de crítica “positivista” que se circunscribe a discernir la verdad del error en los textos *de y para* la historia, sin considerar que en ese mismo acto está presente la sociedad desde donde se ejecuta. Una historia de este proceso demostraría que no hay crítica histórica sin referencia a la historia.

La esencia de esta cuestión apunta a señalar que si falta este elemento intrínseco a la misma actividad del historiador fácilmente se cae en la defensa de verdades eternas o esenciales, es decir, “verdades no históricas”. Precisamente este trabajo que nos presenta Abraham Moctezuma Franco, *La historiografía en disputa*, se puede entender como un alegato “historicista” frente a un tipo de historia que se concibe a sí misma exclusivamente como el estudio sistemático del pasado.

La idea del conocimiento histórico como investigación sistemática y progresiva del pasado es un hecho reciente. Se explica solamente a partir de una concepción de un mundo abierto, infinito, ilimitado, sometido a la mirada escrutadora de un espectador privilegiado. Mientras la ciencia aristotélica y la escolástica concibieron al mundo como un “cosmos”, es decir, como una figura dotada de una forma con límites, en cambio, una concepción de la historia entendida como investigación emergió con el nominalismo de los siglos XIV-XV y encontró su síntesis en la filosofía de Kant. La idea de la historia como investigación —que encuentra su complemento en la noción de experimentación— conoció una expansión sin

precedente alrededor del “positivismo” estimulado por el éxito de las ciencias de la observación de la naturaleza. Y aquí es necesario reconocer que la historia científica asumida bajo la concepción de investigación “pura del pasado” existe en los siglos XIX y XX como una forma entre otras de hacerse de la experiencia histórica tanto del reino natural como del humano y social.<sup>2</sup> En este marco quizás uno de los equívocos principales en que se sustentó la “disputa metodológica” entre “historicistas” y “positivistas” en México durante la década de 1940 tenga que ver con las relaciones ambiguas que se dan entre la historia “como saber especializado del pasado y la historia como experiencia de vida”.

No es la primera vez que un historiador se asoma a esta “disputa historiográfica”. Existen múltiples testimonios y exploraciones producidos a partir de la prometedora década de 1970. Lo verdaderamente nuevo de esta incursión de Moctezuma Franco radica en que se trata de una nueva generación de historiadores inquieta en un doble esclarecimiento: del lugar social que le corresponde a la historia como disciplina académica en el mundo contemporáneo, por un lado, y del legado intelectual y científico recibido, por el otro. Se trata en ese sentido de jóvenes historiadores que interpelan a maestros y mentores acerca de los posibles silencios que subyacen a la estructuración de la institución historiográfica en México. Silencios que es difícil ocultar y que a todas luces no dejan de reclamar su voz. Su rumor llega hasta las generaciones recientes. Así, corriendo los riesgos propios del tema, pero con la seriedad y aplicación debidas, Moctezuma Franco se ha adentrado en esta investigación en ese eco fundador de una manera de entender y de efectuar el oficio de la historia.

Con su habitual expresividad y fácil uso de la metáfora Daniel Cosío Villegas llegó a vislumbrar de la siguiente manera el oficio de historiar en sus años de mayor productividad como historiador:

---

<sup>2</sup> Otto Gerhard OEXLE, *L'historicisme en débat*, pp. 1-51.

El que descubre la historia [...] debe tener muchas prendas animales y algunas humanas[...] una laboriosidad de hormiga; una tenacidad de perro de presa; una paciencia de araña[...] Entre las virtudes humanas, imaginación, talento, o sea capacidad, lo mismo de análisis que de síntesis, y sentido, gusto, refinamiento, hasta coquetería literaria.

Nadie dudaría de las virtudes propias de los insectos o del mejor amigo del hombre; tampoco de que el oficio de la historia como el de casi todos los relacionados con la investigación científica requiere de laboriosidad, tenacidad, paciencia, talento, imaginación y capacidad para el análisis y la síntesis. Dentro de una concepción “positivista” de la historia, sin embargo, no deja de sorprender que Cosío haya aludido a la “coquetería literaria” como signo distintivo del buen historiador.

Aparentemente, la resultante producto de ese “duelo intelectual” de los años cuarenta rescatado en *La historiografía en disputa*, fue el triunfo de una noción científica de la historia, es decir, ni filosófica ni literaria. Si hacemos caso de la definición de Cosío la cuestión por dilucidar entonces estaría en saber cómo, a pesar de la impronta “literaria”, la historia no deja de ser “científica”. Por eso, me parece, que se requeriría seguir profundizando en los términos “positivista” e “historicista”. ¿Qué aspectos quedan asumidos en ambas posiciones? ¿En qué otros llegan a distinguirse?

La disputa metodológica por la historia se presentó en México en un periodo bañado por la revisión de una historiografía ligada a un régimen político identificado con la filosofía positivista. Del mismo modo que el régimen de verdad positivista fue aliado del régimen político de la III República francesa se puede decir otro tanto de las imbricaciones del positivismo con la “República mexicana” acaudillada por don Porfirio. Las crisis sociales provocadas por la primera gran guerra y por la revolución mexicana sumieron a la historiografía en un momento de incertidumbre o al menos a ser más cauta en cuanto a esperar de ella una iluminación bien fundamentada para el futuro. Pero también le reforzó la ambición de intentar dar cuenta de todo el pasado guiada por el principio de la

ciencia experimental. Así, la prosecución del discurso histórico moderno en las décadas de 1930-1940 supuso una revisión parcial de la impronta positivista, sin hacerla desaparecer del todo. Por esa razón sigue siendo pertinente, como se deja ver en este ensayo, la revisión de la propuesta del historicismo que parece alejarse en dirección contraria a la filosofía positivista, sustentada todavía en una noción de progreso ilimitado y de destino infranqueable.

Una expresión de Marc Bloch parece no dejar dudas en cuanto a los dilemas planteados a los intelectuales durante el periodo de la entreguerra: “creo en el futuro, porque yo mismo participo en su construcción [...]”<sup>3</sup> En este enunciado que Bloch toma prestado de Michelet no hace sino proseguir el proyecto inscrito en el corazón de la modernidad, y otorga a la historia y a la crítica un lugar preeminente, antídoto indispensable para salir del “estado metafísico” promulgado por el positivismo. Bloch apeló en 1932 a la “historia a secas” como objeto auténtico de la historia. Con ello se cerró el círculo y reaparecieron los espectros de Ranke, fundador de la “escuela científica”.

La “historia científica” anclada en las instituciones académicas —nos sugiere Moctezuma Franco— emerge del claroscuro ambiguo de esas décadas. De un lado, se debe al mecenazgo de un régimen político con una clara vocación modernizante, y del otro, a las dinámicas internas establecidas en el marco de las instituciones, a las luchas estridentes o sordas entre los historiadores para encauzar y hacer la historia. Quedan muchas preguntas abiertas, pero sin duda una de las más acuciantes es saber ¿hasta qué punto la historiografía mexicana ha conseguido darse un registro propio en la modernidad?

Guillermo Zermeño  
*El Colegio de México*

---

<sup>3</sup> Citado por Carlos AGUIRRE en “El peligroso oficio del historiador”, en *La Jornada Semanal*, 262 (1994).